



## Tres lugares para almas desempleadas

Laura Bibiana García

Publicado en [www.populardelujo.com](http://www.populardelujo.com) · sección textos / bogotá | 09/2003

Se necesitarían casi 900 millones de claveles para que Leo Koop les consiguiera trabajo a los 8 millones 200 mil colombianos que, según el DANE, no habían encontrado ocupación hasta hace cuatro meses. Si, en cambio, ellos decidieran invertir en una velita para san Judas Tadeo, gastarían entre todos dos mil millones de pesos. Y si ninguna de las dos cosas funcionara, aun les quedaría el Divino Niño del Veinte de Julio, al final de la calle 27 sur, abrumada de productos con una imagen cuyo valor no se ha podido calcular.

El Divino Niño, san Judas y Leo Koop son tres formas de santos contruidos por la devoción de los bogotanos pobres y el afán de resolver sus necesidades materiales. Aunque los dos primeros son santos de alcurnia y Koop es un mortal corriente, todos han sido dotados, poco a poco, del poder de hacer milagros. Los tres tienen sus lugares de culto, y sus imágenes se han construido en la mente de los fieles gracias a los testimonios, la fe y los objetos que se ofrecen para conseguir los favores.

### Flores, velas y moneditas

Una docena de flores cuesta mil pesos en el Cementerio Central de Bogotá, la casa de Leo Koop. Uno se pone en la fila y espera su turno para llegar a la estatua de bronce que está sobre la tumba. Ya frente a ella, se inclina y le habla para que, como dice la oración, “escuche los ruegos en su oído y lleguen a la mansión celestial, Dios mío...” Luego, deja las flores y se va. El rito se debe repetir por nueve lunes.

Tanto en la fila de Leo como en la nave derecha de la iglesia de san Judas los fieles se mantienen en silencio. Pero en ésta no hay flores, a excepción de una rosa de papel crepé rojo, grande como la cara de un niño. Una vela verde y una azul, gruesas, altas como medio metro, están al frente de otras más pequeñas; han sido tantas que el hollín pintó de negro el sitio donde estaba el lienzo de la Santísima Trinidad, que está en restauración.

Los fieles del Divino Niño, en cambio, echan una monedita en una ranura para que se encienda un bombillo puesto sobre un cilindro de plástico rojo que quiere parecer una vela. Aquí hay mucho ruido, pero no como el de los carros que se oyen en san Judas —que está en la carrera 10ª con calle 12—. Aquí son personas que hablan en voz alta; pequeños que corren, gritan o lloran, pasos que rodean a la imagen milagrosa para presentarle su igual en estampitas, esta-

tuas, camándulas, imágenes de bulto. Cada uno se llevará a casa un niño de ceñidor azul y túnica rosada.

San Judas y Leo también tienen túnica, aunque uno era el primo de Cristo y el otro un industrial alemán que se vino a Bogotá a finales del siglo pasado para hacer cerveza: Leo fundó Bavaria en 1899. Ambos le brindan al creyente el oído izquierdo y están inclinados, atentos, pacientes. A san Judas le piden trabajo porque es el patrono de las causas difíciles; dentro de la iglesia se amontonan hombres y mujeres entre 35 y 50 años, como los que el DANE ha incluido en las estadísticas como cesantes y jubilados, cuya proporción supera el 18 por ciento. Ellos son los menos apetecidos en el mercado laboral.

Los fieles de Koop, entretanto, son adultos jóvenes; muchos de ellos piden trabajo por primera vez. Quienes tienen familia llevan a los niños al cementerio, como de paseo. Cuando consiguen el favor lo cuentan a sus amigos para que repitan el ritual. “Leito era muy bueno con los pobres, nos hizo el barrio La Perseverancia”, dice Roger, un niño de cinco años que camina por entre las tumbas con una gaseosa en la mano. “Yo vengo —dice la mamá de Roger— porque él era un señor muy desprendido y les dio a los trabajadores una parte de su empresa. ¿Cómo no le va a conseguir a uno?”.

Pero hay que ser constantes. Teresa tuvo que ir al cementerio doce semanas para poder llegar a ese lunes en que podía volver a ocuparse después de siete meses. “Ahora —dice— voy a trabajar como asistente en una empresa farmacéutica; vine a dar las gracias y de aquí salgo para allá”. Hay personas que llevan años insistiéndole al dueño de Bavaria para que les consiga un puestico. A ella, sus once años de experiencia en laboratorios la sacaron del 25 por ciento de desempleadas con educación secundaria que buscan trabajo en Bogotá.

Pero los que no tienen experiencia, piden al Divino Niño que los ubique. En la fila, que pasa por detrás del altar para rendir culto a la imagen que el padre Juan del Rizzo mandó hacer en 1935, hay jóvenes bachilleres, y desplazados por la violencia que nunca habían tenido relación con el trabajo urbano. Estos últimos, aunque son la mayoría, no figuran en encuesta oficial alguna. Ellos echan la monedita a la vela eléctrica y rezan con los ojos cerrados la Oración de la Confianza; otros leen alguno de los nueve domingos al Niño Jesús. Para mayor seguridad, algunos salen de la iglesia a la plaza

de mercado —que queda a cuatro cuerdas del templo— y compran el baño de las siete yerbas o el frasquito de la garrapata, “para agarrar trabajo y plata”, según dice José, que lo vende a 2.500 pesos en el puesto 91.

Muchos de los que hicieron la cola para llegar a la imagen de Jesús esperan a la parte final de la misa, cuando el padre hace la ‘bendición de los niños’. Aunque él dice que consagra a los de carne y hueso solamente, las manos alzadas sostienen desde escapularios, láminas y figuritas imantadas —que cuestan hasta dos mil pesos— hasta enormes imágenes de bulto, velas en forma de pirámide, cuadros de escarcha en relieve, con luces y hasta música incorporada, que pueden estar entre los veinte y los cien mil pesos.

Este gasto, por supuesto, no está en el espectro de los desempleados sino de quienes han hecho una pequeña fortuna como trabajadores independientes o, aun más pequeña, en la labor informal. Para pasar del escapulario al cuadro en relieve “se necesita mucha fe”, dice Gloria Esther, que empezó hace unos veinte años con un puesto ambulante de veladoras y ahora es la dueña de El Portal del Divino Niño. Allí vende objetos religiosos, algunos esotéricos y le da empleo a quienes puede. “Vienen muchas mujeres jóvenes, campesinas; de esas unas tienen niñitos, pero marido que las mantenga no tienen”. Según las estadísticas, el 22 por ciento de las mujeres que viven en Bogotá no tienen trabajo, y otro 18 por ciento se encuentran subempleadas. Más de la mitad de los colombianos que no tienen labor son de sexo femenino.

## El hambre y las ganas de comer

La estrecha situación económica de los desempleados —que deben arreglárselas para vivir tres meses con 97.500 pesos, dice el DANE—, se agudiza con sus problemas interiores. Según Lucy Torres, del servicio de atención psicológica de la Universidad de los Andes, la persona que está sin trabajo durante más de dos meses no sólo se siente desesperada, infeliz y ansiosa, sino que entra en un ciclo de autoderrota.

A los obstáculos externos para poder trabajar se suman la pérdida del autocontrol, la desesperanza y la apatía interiores. Un desempleado atraviesa varios momentos de crisis: después del suceso precipitante, la pérdida, la tensión interna se eleva.

Entonces, la persona se hace torpe en sus respuestas y se desorganiza emocionalmente. En seguida, comienza a mover otros recursos para solucionar sus problemas; algunos vuelven sus esperanzas hacia la religión o los ritos.

Luego de esto, el afectado es capaz de asimilar la dificultad y entrar de nuevo a la sociedad. “Muchos no lo consiguen”, afirma la psicóloga. Se quedan en el aislamiento y hasta desarrollan síntomas físicos como insomnio grave, problemas digestivos, falta de energía y pensamiento lento. Este estado se vuelve otro impedimento para conseguir empleo, con lo que vuelve a comenzar el ciclo.

Pero Ricardo Figueroa se las arregló para romper el círculo: aunque es un trabajador cesante, encontró otra misión en su vida. En las tardes del miércoles, día del santo, está en el atrio de la iglesia de san Judas regalando a las personas su oración, que está impresa en papel fino de la tipografía Pradarreyes, y rivaliza con las fotocopias borrosas y mal cortadas de la plegaria, metidas en las rejillas que rodean el altar.

Las fotocopias hacen énfasis en que Judas es “patrono del trabajo” y que “socorre visible y prontamente” a los “miserales que han perdido toda esperanza”. Pero Figueroa insiste en que no se puede rezar sólo por un puesto. Él lleva casi 18 años repartiendo sus oraciones, en pago por un milagro que no quiso revelar. Desea que la gente vuelva a ser tan creyente como diez años atrás, por ejemplo, cuando el altar comenzó a quemarse azuzado por la cantidad de velas que los fieles encendieron. Piensa que, junto con el rito, pueden volver a alumbrar “el amor por la vida y las buenas costumbres en este país”.

Figueroa viste de paño gris y tiene, aproximadamente, 60 años. Muchos de los hombres que frecuentan la iglesia se le parecen en traje y en edad. Cuando termina el rezo, algunos permanecen en la iglesia y leen los avisos clasificados del periódico. Otros salen, compran la lotería y vuelven a entrar. Una “pobre actitud hacia el mundo del trabajo”, diría Lucy Torres.

Cuando el desempleado se resigna a su situación, deja de perseverar y pierde la iniciativa; entonces, obedece a motivaciones irreales y contradictorias, como gastar en el azar para ganarse una platica o practicar ritos. Para Torres, “la solución es cambiar las situaciones sociales que afectan la conciencia individual de la persona sin trabajo, como la discriminación que les impone la sociedad de consumo”.

Sin embargo, las personas como ella —profesionales menores de 35 años, que no irían al Veinte de julio ni gastarían en claveles o veladoras, como el 22 por ciento de los desempleados de Bogotá— tienen su propio conflicto con el desempleo. Para ellos, dice la sicóloga, “el trabajo es parte integral de su autoconcepto, y perderlo distorsiona el propio reflejo”.

## Utilidades de los ritos

Leo Koop es una ocasión para formar la propia imagen, dice la antropóloga Ann Losonczy. La estatua del “señor de los deseos”, como lo llaman sus fieles, es emblema de “los pobres”, “los desempleados”. Representa la posibilidad de que sus necesidades sean escuchadas y las formas de su cultura, reconocidas.

Por su parte, el Divino Niño y san Judas Tadeo están comprometidos con todos los que les pusieron vela, según el filósofo Fernando Urbina: cuando se hace una ofrenda en un rito se establecen dos intercambios simbólicos; se da un regalo esperando recibir otro y se representa el orden del poder en el mundo. O sea, si uno da, tiene el poder para reclamar. “El

pacto establecido no sólo es ritual; es de orden moral y de prestigio”, señala.

Las tres figuras representan la posibilidad de que los ritos populares disputen en igualdad cultural con las prácticas religiosas tradicionales y con las expresiones propias de otros sectores. Pero también invitan a la solidaridad de toda una sociedad, que no debe perder la memoria de los problemas que le son comunes, dice Helena Quesada, economista desempleada. “Tiene que llegar el día en que una recomendación del Niño, de Koop o de san Judas sirva tanto como una de las otras”.